

# NOTAS Y COMENTARIOS

## FILOSOFIA DE LA FILOSOFIA SEGUN LA MENTE DE S. RAMIREZ

En el histórico convento dominicano de San Esteban, de Salamanca, murió, el 18 de diciembre de 1967, uno de los hombres privilegiados a quienes la historia del pensamiento filosófico-teológico tiene reservada página especial: Santiago M. Ramírez, O. P. Ingenio afortunado, buen amigo de las letras, vida consagrada al servicio de la verdad y de la cátedra, legó a la posteridad un archivo cargado de valiosos documentos. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, decidió en 1970 iniciar su publicación. Una *colección* dedicada exclusivamente a él perpetuará su memoria: OPERA OMNIA del insigne maestro salmantino.

Qué estimación vaya a merecer entre sabios y eruditos, lo dirá la historia. En mi modesta apreciación, podemos encontrarnos ante una de las aportaciones más agudas de la Escuela Tomista en los últimos siglos y ante una de las reflexiones y análisis más profundos de toda la tradición aristotélico-tomista.

*Seis volúmenes*, de corte netamente filosófico, abren la marcha<sup>1</sup>. Tras ellos vendrá el cortejo de *varias docenas* de obras teológicas de singular magnitud. No puede menos de producir íntima satisfacción a los amigos del "saber" la noticia de que, en corto plazo de tiempo, y gracias a la abnegada labor de los editores<sup>2</sup>, podrán contar con el magisterio escrito de tan brillante expositor.

<sup>1</sup> Se han publicado ya dos volúmenes: *De ipsa Philosophia in unversum*. Se hallan en prensa, al redactar estas páginas, los cuatro volúmenes siguientes sobre *Analogía*.

<sup>2</sup> El cuidado de la edición lo lleva, en nombre de la Facultad Teológica de San Esteban de Salamanca, depositaria del inmenso legado del P. Ramírez, el afanoso discípulo P. Victorino Rodríguez, O. P.

En estas páginas, desprovistas de vanas pretensiones y concebidas como simple *glosa* a la *Filosofía de la Filosofía*, según el pensamiento de Ramírez, se hará un respetuoso análisis de la interpretación ramireciana del *saber filosófico* y del *oficio de filosofar*. Intencionadamente las referencias se dirigen a los dos volúmenes primeros, que llevan por título *De ipsa philosophia in universum*<sup>3</sup>, y en la exposición se evitan estudios comparativos con otros autores, sean afines u opuestos. Todas las alusiones serán accidentales, marginales. La atención se centra en la mentalidad o ideología de Ramírez.

### 1. TÍTULO, DIFICULTAD Y ORIGINALIDAD DE LA OBRA

Haciendo honor al *método* impecable que Ramírez escrupulosamente observa, he de comenzar con un párrafo dedicado al título de la obra: *De ipsa Philosophia in universum*. Lo eligió en su juventud y lo ha conservado en su madurez.

Tres expresiones igualmente vigorosas llamaron la atención del joven profesor cuando, en 1922, dio publicidad a sus primeras meditaciones sobre la *naturaleza de la filosofía en sí misma*. La *primera*, de clara paternidad diltheana<sup>4</sup>, es fórmula muy cara no sólo a Ramírez, sino a Illeman, Meyer, Ortega y a otros muchos<sup>5</sup>, y tiene —además— el encanto de la brevedad: *Essentia Philosophiae*. El único inconveniente es que dice referencia directa y exclusiva a la pura *esencia*, mientras que Ramírez desea extender sus reflexiones a la consideración de las *partes de la filosofía*, a su *método* y a sus *propiedades esenciales*. La *segunda*, que fue preferida por José Gaos para su obra, en 1947<sup>6</sup>, tiene también su embrujo: *Philosophia ipsius Philosophiae*. Si Ramírez la desecha es por demasiado *enfática* y *redicha*. La *tercera* es la favorecida por la suerte: *De ipsa Philosophia in universum*. En ella, dice el autor, quedan bien recogidas estas dos peculiaridades: anuncia una *consideración refleja* sobre la *filosofía en sí misma*, es decir, en su esencia, división, método y propiedades, y declara que esa consideración se hará *en universal*, en visión altísima o primordial<sup>7</sup>, sin descender directamente a la configuración de sus partes en especial<sup>8</sup>.

<sup>3</sup> JACOBUS M. RAMIREZ: *Opera Omnia. Tomus I. De ipsa Philosophia in universum*, 2 vol. Edita el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filosofía "Luis Vives", Madrid, 1970, 881 pp.

<sup>4</sup> En 1907 publicó DILTHEY su obra *Das Wesen der Philosophie*, en Berlín. Era bien conocida de Ramírez para sus lecciones de filosofía, dadas en Roma.

<sup>5</sup> Véase RAMIREZ, ob. cit., p. XXI, en notas.

<sup>6</sup> JOSÉ GAOS: *Filosofía de la filosofía*. México, 1947.

<sup>7</sup> Véase, por ej., en p. 122, la aplicación que hace a la *división de la filosofía*.

<sup>8</sup> Ob. cit., pp. XXI y 122.

Como consideración *refleja*, inseparable de una gran *interiorización*<sup>9</sup>, y como obra filosófica que nace al correr del siglo XX, dos *dificultades* amenazan al éxito de esta empresa. Una es obvia; la *otra*, circunstancial. La primera hay que esperarla siempre que la mente humana intenta bucear en la entraña del *ser* y del *saber*. La reflexión en torno a la esencia de la filosofía no es una simple *introducción* al examen del pensamiento. Es la culminación de un serio y fatigoso esfuerzo, solo asequible *al final de la metafísica*<sup>10</sup>. No es otra la causa de que los no iniciados en afanes especulativos de alto vuelo sean incapaces de captar el contenido de cuestiones tan arduas, tan difíciles y abstractas como éstas. Siempre van referidas al núcleo o esencia, a la *filosofía de la filosofía*<sup>11</sup>. La segunda dificultad, inferior en densidad, procede del confucionismo filosófico de nuestro tiempo. Describir o definir hoy la *esencia* de la *filosofía*, al modo como Aristóteles lo hizo, resulta "*difficile admodum*", pues es moda que se ofrezcan *tantas concepciones de la filosofía* como son las *cabezas pensantes*. "*Unusquisque enim eorum qui philosophi dicuntur, propriam et omnino personalem philosophiam sibi fingere contendunt, ceteris omnibus reiectis, ac si Philosophiae esset nomen pure aequivocum*"<sup>12</sup>.

El encarar problemas tan arduos y abstrusos supone gran madurez de pensamiento y amplio conocimiento de los diversos campos en que florece la especulación racional. El verdadero ser de la *filosofía* hay que descubrirlo en su vitalidad, en su desarrollo, en el meollo de las cuestiones, en el dinamismo de sus planteamientos, y no en las cuatro nociones introductorias comunes que, si están bien dadas, apenas se entienden, y, si están mal formuladas, sirven de desorientación y hasta de desprestigio<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> Véase en pp. 129, 425-320, el análisis del proceso de *interiorización* y de *exteriorización*, como medio para alcanzar la sabiduría filosófica.

<sup>10</sup> Ob. cit., p. XVIII.

<sup>11</sup> L. cit.

<sup>12</sup> L. cit. Quien desee hallar una justificación a estas palabras de Ramírez, con independencia de las alusiones salpicadas en el decurso de su obra, vea, por ej., el estudio sobre *la idea de filosofía*, hecho por Ferrater Mora (en *La Filosofía en el mundo de hoy*. Madrid, 1963) o el *trasfondo histórico* de la *Filosofía del siglo XX*, descrito por DELFGAAUW (Buenos Aires, 1965), o cualquiera de las modernas *Introducciones* a la Filosofía. Comprobará fácilmente cómo el sentido *unitario*, la *razón de orden*, la fuerza de *omnicomprensión*, o la tendencia *finalista*, que eran dones de la filosofía clásica, quedan muy desvirtuados en la mayor parte de las filosofías o ideologías modernas. Por eso no pueden coincidir sus apreciaciones, marcadas por la *contingencia*, por el *historicismo*, por la *pasión vital*, por el fenómeno *existencial*, con las apreciaciones *esenciales*, *atemporales* y *eternas* de la filosofía nuclear de Ramírez.

<sup>13</sup> "*Si quis autem veram notionem Philosophiae secundum mentem Aristotelis assequi velit, non debet ipsam a priori fingere, sed haurire ex ipsa philosophia exercite tradita in operibus Philosophi...*" (ob. cit., p. 92). Buena parte de la autoridad doctrinal de Ramírez procede de su conocimiento directo y repetido de las

Ramírez se siente en esta obra muy dueño del campo filosófico, y hasta confiesa sin rubor sus posibilidades personales para sorprender a los lectores con un tratado embellecido con visos de *novedad*. Solo una seria honradez de *sabio magnánimo*, un notable *pundonor profesional* y una *humildad* comprobada—que trascienden las nimiedades de la vanidad halagada— le hacen mostrarse heredero e intérprete fiel de la gran tradición *aristotélico-tomista*. Actitud enormemente ejemplar, que dista casi hasta el infinito del hurto disimulado de ideas en que se mueve una parte notable de la producción literaria de nuestro siglo.

Vale la pena recoger sus palabras, pues, además de responder muy bien al temperamento de nuestro hombre y maestro, que toma posiciones al descubierto de cualquier falsía, clarifican con luz potente la senda por donde avanza decidido, seguro de llevar en sus manos la verdad y la antorcha aquinatense, que toma en relevo:

“Hoc in sensu, quia de analogis dari potest scientia proprie dicta, loquemur *De ipsa Philosophia in univ-ersum* ducibus Aristotele et Sancto Thoma, quia prae ceteris sanam et perennem philosophiam induxerunt ac coluerunt.

*Quae quidem philosophia, quidquid a multis dicitur hodie, VIGET SEMPERQUE VIGEBIT...*”<sup>14</sup>.

“*Verba S. Thomae de industria continenter atque iterato reproduxi, non quod in uno Thoma universam Philosophiam concludere velim, sed quia commercio diuturno comperi ipsum prae ceteris veritatem aptissimis conferre verbis...*”<sup>15</sup>.

*fuentes*, rasgo en el que se manifiesta muy superior a sus predecesores. Asimismo, sus convicciones filosóficas sobre el *tomismo* derivan de su profundísima compenetración con el pensamiento de santo Tomás, con su espíritu filosófico, hasta el límite admirable de poder enmendar la plana a no pocos clásicos del tomismo, como demuestra ya en *De ipsa philosophia*, y como seguirá demostrando en sus obras posteriores.

<sup>14</sup> Ob. cit., pp. XIX-XX. Adviértase que estas páginas han sido redactadas a partir de 1966 con intención de proseguir reelaborando toda la primera parte, cosa que no se cumplió por haber dejado de trabajar en los últimos meses de su vida. Conciernen perfectamente con su postura inicial de 1922, porque su afortunada mente había sabido captar el núcleo esencial de la *filosofía tomista* desde la juventud. Es famoso a este respecto lo que cuentan sus allegados. Una de las aficiones intelectuales de Ramírez, quizá inspirada por Balmes, fue dedicarse a *adivinar*—quizá mejor a *deducir* o a *inferir*— el pensamiento de los autores, después de conocidas las bases en que se apoyaban. Así jugaba con Aristóteles, Averroes, Escoto, Leibniz, etc., etc. Sus lecturas eran meditaciones especulativas en las que encarnaba al autor. No es raro que este delicioso juego de la mente le hiciese *agudísimo* en sacar punta a cualquier tema o cuestión que se le planteara.

<sup>15</sup> Ob. cit., p. XX.

*“EQUIDEM POTUISSEM IPSE facili negotio proprioque dicendi genere eadem vel similia proferre, sicque novitatem quamdam —“originalitem vocant”— affectare: eo vel magis quod, ut experientia testis est, complura obiter ab Aquinate dicta non deteguntur neque plene aestimantur nisi ab eo qui praecognitam habet rem ipsam de qua agitur. MALUI TAMEN, PUERILI HAC VANITATE REIECTA, verbis ac formulis uti S. Thomae, non quidem quia ipse protulit, sed quia vere et accurate dixit”*<sup>16</sup>.

Esa convicción profunda de adherirse a la verdad y de ser expositor fiel del pensamiento tomista, como probará copiosamente en cada una de las partes de este largo estudio sapiencial, le permite tomar con suavidad —en sus últimos años— algunas apreciaciones de sus oponentes. Véase este ejemplo, que dice muy bien de la nobleza espiritual de Ramírez:

*“Equidem scio virum quemdam hispanum contempsisse aut parvipendisse partem illam quam iuvenis edidi. Habeat sibi! Non enim perspexit analogiam Philosophiae; et sub contemptu nostri, revera contempsit Aristotelem ac praesertim S. Thomam. Liceat ergo mihi honoris causa ipsum non nominare, in pace et caritate”*<sup>17</sup>.

Penetrante en sus juicios, personal en sus valoraciones, bien dotado para asimilar la doctrina y personalidad de otros filósofos, armonizador del *clasicismo* y de la *evolución* legítima de las ideas, parece escrito por él este sugeridor y prudente pensamiento leibniciano: “Después de bien sopesado todo, encuentro que la filosofía de los antiguos es sólida, y que es preciso que los modernos se sirvan de ella para enriquecerla, no para destruirla”<sup>18</sup>.

Quede bien claro que el mejor cauce por donde ha discurrido en la historia el río de la verdad filosófica se encuentra, a juicio de Ramírez, en la línea aristotélico-tomista. Pero eso no excluye, ni mucho menos la valiosa aportación de los demás, que él mismo utiliza y acepta con frecuencia. Ni quiere decir tampoco que la *herencia* recibida obligue a ser esclavos de la *letra*. Hay que ser servidores del *espíritu* y de la *verdad*: “... vestigia S. Thomae sunt premenda non materialiter et secundum litteram, sed *formaliter* et *secundum spiritum*; si enim littera ipsius verbi Dei occidit, spiritus autem vivificat, quanto magis occidet mera littera hominis sine spiritu vivificante! Porro spi-

<sup>16</sup> L. cit.

<sup>17</sup> Ob. cit., p. XXI.

<sup>18</sup> Véase la cita de RAMÍREZ en p. XXI.

ritus Philosophiae est veritas, docente S. Thoma: «non enim pertinet ad perfectionem intellectus mei quid tu velis vel quid tu intelligas cognoscere, sed *solum quid rei veritas habeat*»<sup>19</sup>.

## 2. VISION ESQUEMATICA DE LA OBRA "DE IPSA PHILOSOPHIA IN UNIVERSUM"

Quien consulte el *índice analítico de materias*, que se halla al final del segundo volumen y que es ejemplo de metodología y claridad, observará fácilmente cómo el conjunto del tratado *De ipsa Philosophia* está integrado por las siguientes piezas, perfectamente ensambladas:

### *Introducción:*

Estudio del lugar y tiempo en que se debe acometer el tema de la *naturaleza de la filosofía* (pp. XVIII-XXXII y 1-7).

### *Primera parte:*

Sobre el *concepto de filosofía*, que comprende:

- definición nominal: etimológica y vulgar (pp. 21-35).
- definición real:
  - descriptiva* o por las causas extrínsecas (pp. 35-83).
  - esencial* o por las causas intrínsecas (pp. 84-100).

### *Segunda parte:*

Sobre la *división o partes de la filosofía*, que comprende:

- historia de esta cuestión (pp. 101-124)<sup>20</sup>.
- partes de la filosofía, según el orden de sus causas: final, eficiente, formal, material, ejemplar (pp. 124-198).
- naturaleza de esas partes: no son partes integrales, ni subjetivas; son partes potenciales o análogas (pp. 199-304).
- relación u orden mutuo entre las *partes* de la *filosofía*, tomando como criterio la causa final, la eficiente y la ejemplar (pp. 305-422).

<sup>19</sup> RAMIREZ, p. 189. Texto de S. TOMAS, I, q. 107, art. 2.

<sup>20</sup> En el *Índice sintético*, p. XIV, no se menciona este apartado interesante.

*Tercera parte:*

Sobre las *propiedades* de la *filosofía*, considerada:

— en sí misma:

— in facto esse:

unidad analógica.

fuerza beatificante (pp. 425-430).

— in fieri o como metodología:

discente (pp. 431-535).

docente (pp. 535-754).

— en relación con las ciencias y con la teología (pp. 776-854)<sup>21</sup>.

Como se ve, todo el tratado puede reducirse al estudio pormenorizado de tres cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la filosofía: su *esencia*, sus *partes constitutivas* y sus *propiedades*, es decir, *qué es*, *cómo se forma* y *cuáles son sus rasgos específicos*. Interrogantes que, si bien han merecido la atención de muchos filósofos al correr de la historia, como lo demuestra la bibliografía citada por Ramírez, nunca —creo— han sido objeto de una reflexión tan ordenada, escrupulosa, unitaria y sapiencial, como la realizada por Ramírez a la altura y en la línea de los comentarios metafísicos aristotélico-tomistas.

Se podrá discrepar en el concepto mismo de la filosofía. El no oculta su rostro, ni esconde la bandera que defiende. Quienes se contenten con menos en la especulación de principios y quienes renuncien al rigor de los sistemas es evidente que no encontrarán aquí alimento adecuado. Pero eso no invalida la verdad que en estos libros metafísicos se encierra.

Puestos a valorar el *cuadro*, es decir, el conjunto de la obra y su visión unitaria u ordenada de las cosas y del saber sapiencial humano, es posible que todos los lectores le otorguemos —entre otros— los méritos siguientes:

*Profundo rigor dialéctico*, que hace muy difícil a la mente huir de su campo de acción, pues queda como prisionera del

<sup>21</sup> Dos temas de extraordinario interés y de gran amplitud expone Ramírez desde las pp. 431 a 854: el de la *metodología* a seguir en la *adquisición* de la *sabiduría humana*, con unidad analógica en su ser, objeto y método, y en la *didáctica* de la misma; y también el de las *propiedades* y *relación* de la *filosofía* con la *teología*. Aquí es donde se estudia el verdadero sentido de la llamada *filosofía cristiana*, como calificación *accidental*, pero *positiva*, que viene a representar la *subordinación*, sin *subalternación*, de la doctrina filosófica a la doctrina revelada (véanse páginas 833 ss.). Dada la amplitud de la obra, nuestra reflexión no recae sobre estos temas. Quede para otra ocasión.

rigor y de unas cuantas *ideas claves* que, por su valor analógico constante y casi trascendental, cobran nuevo vigor en cada sector del pensamiento y constituyen como el armazón del sistema.

*Arraigado espíritu filosófico*, que crea una atmósfera especial, cargada de aire purísimo respirable en todo el desarrollo de la obra, siempre a altura metafísica o de principios, de la que no es lícito hacer que descienda el pensamiento de este autor. Tiene su sede, como Hegel, Leibniz u otros grandes genios, en la región de las *esencias*.

*Arquitectura clásica*, que le hace sentirse heredero fiel de la tradición aristotélico-tomista, pero no en posición meramente receptiva de los tesoros del pasado, sino en actitud vigilante, vital, que tiende al desarrollo y al enriquecimiento uniforme de la verdad, salvando enérgicamente el apoyo de una *ontología* en que afirmar los pasos.

*Erudición abrumadora*, que le permite dialogar en forma deliciosa y aguda con los genios de la filosofía, principalmente del clasicismo, sin que ninguno de ellos suponga para él una *carga de autoridad*. Está al nivel especulativo de los mejores y sabe repartir alabanzas y reproches como señor de sus posesiones. Realmente es un maestro del *análisis* y de la *síntesis*, como lo demuestran en términos de evidencia sus *esquemas* de la *genética* de la *filosofía* y otros muchos.

*Vitalidad y entusiasmo*, que dan una lección soberana a muchos menguados filósofos, *balbucientes et grossiores* (p. 98), "qui reapse philosophi non sunt; sed, ut plurimum, formalistae et psittaci" (p. 92). No es lección de suficiencia o de poder abstractivo. Es lección de buen ánimo, de pujante entusiasmo, de búsqueda infatigable, de juventud vivaz y permanente, que no se rinde a los calculados y fríos límites de un *positivismo* ayuno de *metafísica* y de *trascendencia*.

*Originalidad de exposición*, que le hace proyectar su pensamiento filosófico-cristiano desde unos cuantos focos de luz que ilustran toda la superficie y que, con método y principios bien firmes, van descubriendo la verdad y las adherencias superfluas que la encubren.

De todos estos rasgos es consciente el propio autor, pues no faltan ocasiones en que, temeroso de fatigar al lector, se echa a sí mismo el freno para dar descanso.

Ante la imposibilidad de abarcar en estas líneas ni aún la *descripción* de todo el trabajo contenido en *De ipsa Philosophia in universum*, distinguiendo lo que en el texto hay de *reedición* de documentos ya publicados y lo que hay de *novedad editorial*, creo que sería más grato al propio Ramírez que se destacara su visión personal del *filósofo* y del *oficio de filosofar*. A ello van dedicados los párrafos siguientes.

## 3. FILOSOFIA Y FILOSOFOS EN LA MENTE DE RAMIREZ

Tres consideraciones complementarias deben integrar este apartado: *qué es filosofía, cómo se es filósofo y cuál debe ser la interacción o compenetración de ambos.*

a) *Qué es filosofía*

Se aplica este bello nombre a la designación del *esfuerzo vehemente, asiduo y deleitoso del espíritu que trata de alcanzar, con todas sus energías, la verdadera sabiduría*<sup>22</sup>. Esfuerzo vehemente, intrépido, hijo del *espíritu humano*, que se pone en tensión hacia las cosas más altas y nobles. Esfuerzo bien dirigido, que no consiente la *deshumanización*, vaciando al hombre en moldes que embrutecen, ni tampoco el *angelismo*, por elevación desmedida. Es tensión que nace de la entraña misma del ser humano, medio entre el ángel y la bestia, es decir, *espíritu encarnado*.

Como unánimemente han sabido interpretar la los pueblos, la *filosofía es sabiduría humana*, y representa *un cierto conocimiento eminente de todas las cosas humanamente cognoscibles*. Baste un texto conclusivo de Ramírez: *filosofía es una forma, cualidad o hábito "vi cuius homines quidam, Philosophi nuncupati, ita mirabilium rerum contemplatione allecti rapiuntur, ut a contingentibus physicis vel moralibus abstrahantur, sicque in mundo quasi extra mundum vitam degere videantur"*<sup>23</sup>.

Caminando por esa vía de *eminencia* en el saber, de *vehemencia* en el esfuerzo, de *omnisciencia* en el alcance de visión, de *admiración* y *estupor* en el choque del mundo con nuestra perceptibilidad..., se llega a la *descripción* agudísima y exhaustiva de la filosofía que, en apretada síntesis, nos da Ramírez:

*"Talis ergo erit descriptio integralis Philosophiae: id quo homo, quatenus homo est, effectuum mirabilium visione percussus, vehementer accenditur ad eorum causas inquirendas, usque dum perveniat ad Primam Causam simpliciter —descriptio genetica— quam principaliter et maxime detegendam intendit —finis in intentione—; quod et obtinet, assidue et ardentem, dulciter tamen et delectabiliter, laborando, mediante inventionem et disciplinam, hoc est, per omnia media humanitus possibilem —causa efficiens—, atque ita in possessione universalis veritatis dulcissime et*

<sup>22</sup> Ob. cit., p. 30.

<sup>23</sup> Ob. cit., p. 46.

*placidissime quiescit* —finis in executione vel in re—”<sup>24</sup>.

Cuatro pinceladas han servido para describir y caracterizar la filosofía: su *génesis*, como irrupción del pensamiento humano estimulado por la admiración de lo insólito que golpea a la conciencia; la *grandeza de sus interrogantes*, que claman por la luz de un *principio altísimo y primero*, capaz de irradiarse —como fuente de unidad— sobre todo el panorama cognoscitivo; el *esfuerzo abnegado y eficiente* por medio del cual, con disciplina y sin escatimar audacia, pero también con buena dosis de satisfacción espiritual, se alcanza la cumbre soñada; y, finalmente, la *felicidad* que el encuentro con la *verdad y unidad* altísima contemplada produce al espíritu<sup>25</sup>.

No hay medianía para este delicioso saber, ni hay reposo a deshora, ni hay ocio estéril. Todo es encumbrarse a la atalaya para ganar en perspectiva, para lograr horizonte de infinitud, para cargar de finalidad y de sentido a las cosas. La filosofía es *apetito vehementísimo de saber*, para conformar la *vida* con el *pensamiento*. Es la búsqueda del *bien* y *fin natural*, consistente en la *verdad universal*, cuya posesión da al *alma humana* el registro de *la belleza y el orden de todo el universo* y de sus *causas*<sup>26</sup>.

Cómo pueda declararse en forma de *definición esencial* todo lo que por descripción genética, eficiente o final se ha dicho de la *filosofía* es cosa relativamente fácil. Supuesta la configuración descriptiva, que no tiene valor esencial, el concepto auténtico ha de revelarse a través de las *causas intrínsecas*. Para ello conviene tomar la *quasi causa* u *objeto material* a modo de *género*, y la *quasi causa* u *objeto formal* a modo de *diferencia específica*<sup>27</sup>. Todo, como se deduce por los términos empleados, dentro de un *sentido analógico*.

En una primera aproximación, siguiendo el impulso natural de los hombres, que poseen una buena dosis de *metafísica espontánea*, sin haber frecuentado las aulas para hacer *reflexión filosófica* a nivel de academia, se puede concluir *inductivamente* qué es filosofía en su acepción universal o genérica: *un saber o ciencia* que investiga y determina —dentro del margen de posibilidades de la sapientia humana— los *principios, partes constitutivas y propiedades de los seres sensibles, de la cantidad, de la bondad y maldad de los hombres, y también del ser real y del ser de razón, según el modo propio de cada uno de ellos*<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Ob. cit., p. 84.

<sup>25</sup> Ob. cit., pp. 31, 33 y 436.

<sup>26</sup> Ob. cit., pp. 55 y 438.

<sup>27</sup> Ob. cit., pp. 84-85.

<sup>28</sup> Ob. cit., p. 87.

La razón *común*, el elemento *material* participado por todos esos objetos y que da una base de unificación, es la razón de *ser*, de *cosa*. Lo diferencial, lo especificativo y formal, se encuentra en el *modo* peculiar de *ser* y en sus *causas propias*. Por eso cabe afirmar lícitamente que *filosofía* es el conocimiento de las *cosas* por sus *causas propias* —próximas y altísimas—.

En una segunda aproximación, considerando el valor metafísico de la causa final que, en su primacía y trascendentalidad sobre las otras causas, viene a revestir categoría de *principio a priori* por el que se determinan las definiciones por las otras causas<sup>29</sup>, queda abierto el camino a una *definición esencial* en forma *deductiva*. En efecto, la *bienaventuranza natural*, como *perfección suma y última* a la que el hombre aspira, es el *fin* o *meta de la filosofía*. Esto supone la existencia de un *orden* o *armonía* perfecta entre la *perfectibilidad* del ser humano, camino de su felicidad, y la *riqueza* o *perfección* final que la *filosofía* es capaz de aportar. *Fin* de la filosofía y *suma perfección* humana deben coincidir.

Pues bien, en la antropología aristotélico-tomista la perfección adecuada o proporcionada a la naturaleza humana ha de ser esencialmente *racional*. Y, dentro del círculo de la racionalidad, ha de admitir doble vertiente complementaria: la *intelectual* y la *volitiva*. El hombre, por definición esencial, es *ser pensante* y *ser voluntario-libre*. ¿Cómo se logra su plenitud o perfección *intelectual*? Por el conocimiento de la *verdad*, que es objeto propio de la razón. ¿Cómo se logra la plenitud o perfección *volitiva*? Por la realización o posesión del *bien práctico*, que es objeto de la facultad *apetitiva*.

Añádase ahora que ambas vertientes del ser humano, racional y volitiva, han de ser cultivadas y enriquecidas de acuerdo con la *realidad física* o *encarnada* que define al *ser humano* en su complejidad esencial y existencial<sup>30</sup>. Esto quiere decir que la *verdadera especulación* filosófica ha de comenzar en las *realidades* y *plano sensible*, para culminar en las *realidades* y *plano suprasensible* o espiritual; y que la *verdadera actividad filosófica*, perfectiva de la voluntad, arrancará del *bien sensible* para concluir en el *bien espiritual*.

Dicho con otras palabras, la verdadera filosofía, como sabiduría humana, consiste en la *especulación perfectiva del entendimiento* por la que adquiere el conocimiento del *ser*, en toda su extensión, y en la *acción perfectiva de la voluntad* que apeetece *todo bien*. Y dado que *ser*, *bien* y *verdad* se identifican en su raíz esencial, filosofía es la *visión universal, sabia y prudente*

<sup>29</sup> Ob. cit., p. 88.

<sup>30</sup> Ob. cit., pp. 145 ss.

de todas las cosas<sup>31</sup> en cuanto al hombre le es dado alcanzar especulativa y prácticamente<sup>32</sup>.

Así reza la fórmula lapidaria de Ramírez: "*Est ergo Philosophia Sapientia humana, in se actu implicite continens quidquid veri et boni naturaliter, seu humanitus, haberi potest ab homine, cognoscendo et agendo*". *Sapientia humana*, que no es solo metafísica, pero que no puede prescindir de ella; que comienza en el plano inferior o sensible (*de las cosas*: mundo físico sensible...; y *del hombre*: pasiones, sensaciones...) y que concluye en el plano superior o suprasensible (*de las cosas*: espíritus; y *del hombre*: ciencia y sabiduría, virtudes morales y ética). Todo un plan armónico, exacto, que no puede rebasar la medida de la *cordura humana*, pero que no se resigna tampoco a ser menos que *sabiduría* de las cosas.

A este propósito, Ramírez hace suyas unas palabras de nuestro Balmes, modelo de filósofos, ejemplar de sensatez y finísimo observador del *justo medio* en que se sitúa la *filosofía* como *sabiduría humana*: "La *filosofía* consiste en *ver* en cada objeto lo que en él hay y no más de lo que hay... Porque, así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan a ver y distinguir, los hay también demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose a las cabezas desvanecidas por algún accidente, que pretenden ver centellas estando a oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada"<sup>33</sup>.

Quede, pues, como doctrina ramireciana que en las dos palabras, *sabiduría-humana*, en las dos *juntas*, se encierra cuanto de *verdad universal*, *sabia* y *prudente*, y cuanto de *bueno* y *beatificante* contiene la definición de *filosofía*<sup>34</sup>.

## b) *Cómo se es filósofo*

Paralelo al concepto de *filosofía*, Ramírez va matizando también cómo se entiende el *ser* y la *misión* del *sujeto* en quien la *filosofía* radica y a quien perfecciona, viéndolo, claro está, des-

<sup>31</sup> Ob. cit., pp. 89, 91, 128-129, 150-151, 181, 186 y 187.

<sup>32</sup> Pp. 89, 180-188, etc. Para Ramírez, como para todos los grandes filósofos, la armonía o correspondencia entre las *ideas especulativas* y las *acciones prácticas* forma parte del ser de la *sabiduría humana*, lo mismo que el ser *contemplativo de la verdad* y *realizador de la verdad* es parte del ser y del comportamiento humano.

<sup>33</sup> Véase cita en p. 94.

<sup>34</sup> El juicio de Ramírez sobre otras concepciones de la *Filosofía* puede verse en las pp. 91 y ss. Nótese cómo acentúa que la *filosofía* es siempre conocimiento por las *causas propias*, sean *próximas*, sean *últimas* o *supremas*; y con qué fuerza distingue el *verbalismo* y el *fárrago* de la *causalidad* filosófica objetiva. La *filosofía verdadera* acaba siendo inevitablemente un *sistema de verdades*.

de esa cumbre metafísica en que desde el primer momento se coloca su *Filosofía de la filosofía*.

Para no extender excesivamente este comentario, aunque la obra bien lo merece, tal vez sea *suficiente* hacer un *bosquejo* de lo que Ramírez entiende por verdadero *filósofo* desde la consideración del *fin de la filosofía*. Es uno de los ángulos preferidos por Ramírez y de los que despierta en él mayor elevación de espíritu.

La *filosofía*, por exigencias de su *íntimo ser* y de su *fin natural*, busca la *verdad*, con menosprecio de *hombres, riquezas y vanagloria*, que pueden enturbiarla. La *sofística*, en cambio, tiene su complacencia en *negocios, honores... y apariencias de sabiduría*. Por eso, mientras que el *filósofo ordena su vida a la conquista de la verdad*, el *sofista la ordena a aparecer como sabio, aunque sea ignorante*<sup>35</sup>. En esas palabras, tomadas literalmente del Comentario de S. Tomás, al IV Lib. de los Metafísicos, se traza una primera línea *esencial* en el boceto sobre la figura del filósofo: **ES UN SINCERO Y AFANOSO BUSCADOR DE LA VERDAD**, que da de mano a muchas nimiedades, a apariencias y ostentaciones, capaces de interferirse en el recto camino de la verdad.

A esa actitud de *sincero investigador de la verdad* ha de acompañar la *concentración* y el *rigor metódico* de quien sabe *disciplinar* su espíritu para que no se disperse, para que no vague por sendas extrañas, para que no consuma energías inútiles. Filósofo sin disciplina, sin método, sin lógica, es como cazador sin armas<sup>36</sup>.

Mas esa *disciplina* no puede afectar solamente a las reglas de *procedimiento especulativo*, sino que debe convertirse en una especie de *regulación* general de toda la vida del filósofo. Disciplina integral de una vida integral. Sólo así tiene explicación exacta el concepto de filosofía, que es *sabiduría universal buena y beatificante*. El filósofo es contemplativo y activo, especulativo y práctico, cada cosa en su grado y forma adecuada. Por tanto, el *desorden*, la *palabrería vana*, la *inflación personal*, la falta de jerarquía en los valores..., son notas que afean el rostro del filósofo verdadero; aunque se haya de reconocer que en nuestros días se da *inflación* de muchas cosas —de términos, de folios, de palabras— bajo capa de filosofía. Ni mil Sócrates bastarían para extirparla<sup>37</sup>.

Otro elemento característico del verdadero *filósofo* es el haber pasado de la *actitud inicial*, en la que se comporta como

<sup>35</sup> Ob. cit., pp. 59-60.

<sup>36</sup> Ob. cit., pp. 131, 180.

<sup>37</sup> Ob. cit., p. 60.

*admirado* y *sorprendido* ante lo *insólito*<sup>38</sup>, a la actitud de *equilibrio* y de *magnanimidad*, en la que ni es propiamente *admirador* ni desea ser *admirado*. Ciertamente que la *filosofía*, tal como Aristóteles la describió en su *Metafísica*, surge, no como una necesidad económica, ni como un instrumento de trabajo, sino como un golpe de admiración estimulante que despierta el ánimo ante lo *insólito* y le incita a buscar sus *causas propias*. Pero el hábito o virtud perfecta de la *sabiduría humana* no está debidamente *radicado* en el hombre, no informa adecuadamente su *inteligencia* y *voluntad*, cuando solo alcanza a plantear los *interrogantes* sobre las cosas; hay que esperar a que las abrace en una mirada *sabia*, comprensiva de causas y efectos, ordenada y unificadora, bien sea que la mirada ascienda desde la pequeñez atómica hacia la infinitud, bien sea que descienda desde el Ser Perfectísimo hasta los elementos más contingentes. Esta idea nos la expondrá Ramírez en sus expresiones sobre la belleza del *círculo de causas*<sup>39</sup> y sobre el proceso de *interiorización* y *exteriorización*<sup>40</sup> en la unidad del saber perfecto. El principio genético de la sabiduría es una confesión de ignorancia sorprendida, diría Aristóteles, en forma de admiración. Y el *sabio* verdadero, como ser magnánimo ocupado en la *posesión de la verdad*, volcado sobre las *cosas grandes* que rumia en su interior, es el que, habiendo superado la *admiración* y la *ignorancia*, reposa en la *verdad poseída*. Por eso tiene un especial sosiego. Acostumbrado a la grandeza de la *verdad*, fascinado por lo sublime del ser universal, ya no parece *admirativo* de las cosas, ni habla de ellas con admiración. De tal manera queda prendado de la grandeza de la *verdad* que, viviendo en el mundo, *parece vivir fuera del mundo*<sup>41</sup>. Ha superado la fase admirativa.

Este rasgo singularísimo de los verdaderos filósofos, que se hallan en estado de constante *abertura* a la *verdad*, sumidos en ambiente fascinador y contemplativo, les reviste de una peculiar tonalidad en sus actos. No son *ponderativos*; no son *aduladores*; no son *vocingleros*. Pero aunque interiormente sean *modestos* y *humildes*, porque la luz de la Verdad, del Ser Supremo, del Orden, los inunda, son vistos por los ojos de los demás como si fueran *soberbios* y *despreciativos*. La faz engañosa del sofista adúlador predispone los ánimos para que no sepan apreciar el *juicio ponderado*, *ecuánime*, *exacto*, que da el *sabio*<sup>42</sup>.

Flechado hacia la *verdad universal*, hacia la *unidad del saber*, sin caer en la *pusilanimidad*, ni cargarse de *presunción*, el

<sup>38</sup> Véase el *esquema* entre pp. 52-53.

<sup>39</sup> Ob. cit., p. 160.

<sup>40</sup> Ob. cit., p. 98.

<sup>41</sup> Ob. cit., p. 46.

<sup>42</sup> Ob. cit., pp. 60-61.

verdadero filósofo ejerce el *oficio* que la sabiduría humana —filosofía— le impone, por ser ella *madre, maestra y reina* de las ciencias (pp. 757 ss.). Por eso no puede ser *falaz ni ambicioso*. De lo contrario pertenecería a la tribu de los *sofistas*, no al reino de los *sabios*.

No importa que el vulgo, por inercia o mezquindad, piense de otra manera. “At homines vulgares —qui infiniti numero sunt— plerumque contrarium judicare solent, quia putant eos esse tam *praesumptuosos* et vilis animi sicut et ipsi, nam et unusquisque de ceteris judicat sicut est ipse. Sed falluntur certissime: VERUM PHILOSOPHUM LECTOREM POSTULO, et rem ita se habere fatebitur”<sup>43</sup>.

De nuevo esos rasgos del filósofo auténtico Ramírez encuentra bien formulados por la mano maestra de Balmes, que dice: “Llamamos *filósofo* a un hombre que sabe dar a las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que, imponiendo silencio a sus pasiones y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista”<sup>44</sup>.

Una página especial, en la que de alguna manera deja transparentar nuestro autor cómo entendió y ejerció personalmente el altísimo oficio de *filosofar*, la tenemos en la glosa que hace después de dar su definición *descriptiva y esencial* de la filosofía, y después también de haber sometido a análisis otras definiciones más divulgadas. Es como una invitación a hacer filosofía:

“*Nunc autem, lector optime, si revera philosophari cupias, paululum siste, et considera processum vere peripateticum indagationis huius. A nominibus enim ad rem pervenimus quasi a signis ad signata: rem autem prius extrinsece et veluti in cortice tetigimus, ut exinde ad medullam usque et interiora eius penetraverimus per apprehensionem propriae formae qua Philosophia in esse Philosophiae constituitur.*

*Noli ergo in superficie remanere, neque in materia sistere; sed ad interiora ingredi et ad formam ascendere, quae lux est intelligibilis; ex qua, postquam intuitus fueris, iterum ad posteriora illa regredi debes,*

<sup>43</sup> Pág. 62. Este punto, precisamente, originó al P. Ramírez comentarios desfavorables, por estimarse en muchas ocasiones, sobre todo en su juventud, excesivamente *duras* sus apreciaciones sobre la opinión de los demás.—El temperamento especulativo de este hombre singular estaba unido a una exagerada agudeza de *ingento*, que le hacía *jugar* con las palabras quizá en forma desmedida. No pocas veces debió echarse el freno para no llegar a proferir lo que en su interior bullía chispeante.

<sup>44</sup> Ob. cit., p. 94.

ut sic, a forma illuminata, omnia in formam resolvantur in eaque intelligantur. Videbis tunc quomodo lux augetur secundum ascenssum ad formam et quomodo effectus manuducunt ad causas extrinsecas et, his mediantibus, ad intrinsecas, usque ad ipsam essentiam Philosophiae. Notabis etiam qualiter differunt inductio per Philosophos et inductio per Philosophias, et quomodo secunda intimior est et magis lucida secundum intellectum, quamvis remotior sit secundum sensum. Intelliges demum quam vera sint ea quae de philosophis narravimus et non amplius miraberis si talia et maiora etiam tibi occurrerint”<sup>45</sup>.

Justificado el proceso que —en la mentalidad ramireciana— corresponde al verdadero camino para alcanzar la auténtica sabiduría humana, el autor vuelve la mirada sobre ciertas apreciaciones recientes en torno al saber filosófico; observa el gesto despectivo que le dedican y confirma su tesis en tono aún más confidencial:

“Quod, si audias tales descriptiones phantasticas esse vel praeteritas, quia hodierni philosophi non ita sunt, et consequenter notionem Philosophiae quam tradidimus antiquatam esse et jamdiu emortuam, NON CREDES, SED SUBRIDEBIS; nam qui ita loquuntur, philosophi minime ostenduntur; et ILLI, QUI, UT PHILOSOPHI, ET HABENTUR ET NOMINANTUR, si vere quae diximus, non sentiunt aut non experti sunt, forsitam dicendi erunt balbucientes et grossiores, sicut antiquissimi naturales de quibus Aristoteles loquitur”<sup>46</sup>.

Y en un paso último, que pocas veces suele darlo Ramírez, para no cargarlo de vivencias personales, se atreve a añadir con solemnidad y seguridad:

“MIHI CREDE; si semel in vita tua dulcedinem contemplationis intelligibilium gustasti, non amplius delectaberis in exterioribus illis de quibus homines adeo solliciti sunt; sed arbitraberis ut stercora”<sup>47</sup>.

Después de leer estas palabras, por las que se hace difícil dudar de que Ramírez haya experimentado las delicias de la contemplación filosófica del ser, resulta de muy mal gusto todo intento de valorar el pensamiento de este hombre especulativo, contemplativo, con criterios más o menos pragmáticos, como son los que se detienen a analizar en qué medida dicho pensamiento sirve para canalizar corrientes positivistas, ideologías

<sup>45</sup> Ob. cit., pp. 97-98.

<sup>46</sup> Ob. cit., p. 98.

<sup>47</sup> Ob. cit., p. 98.

*sociales*, modos *políticos* de acción o *formas concretas* de evolución religiosa y convivencial. Dejemos a cada hombre con sus tesoros y no hagamos existencialismo, temporalidad, historicismo, donde se enseña esencialismo, atemporalidad y metafísica. Sumemos con agrado; no juzguemos por lo que no se ha intentado decir. Digámoslo nosotros, pero sin romper la unidad y belleza de la verdad.

c) *Compenetración entre filósofo y filosofía*

Los rasgos elementales por los que se ha caracterizado a la *filosofía* y al *filósofo*, en una expresión o fórmula que podría llamarse *pura*, sin descender a *modos concretos* en los que se refleja y aplica una u otra faceta parcial del *ser de la filosofía* y de la *acción del filósofo*, pueden enriquecerse sin medida acudiendo a los siguientes capítulos de *De ipsa Philosophia in univ-ersum*. Es tanta la armonía de sus partes que una sección lleva de la mano a la siguiente.

El propio Ramírez se encarga incluso de advertirlo al filósofo, cuando ha concluido la primera andadura: "Noli tamen existimare te jam plenam et absolutam cognitionem Philosophiae adeptum esse; hanc enim non habebis usque ad finem divisionis et deductionem proprietatum ejus, de quibus in sequentibus erit sermo. Cum autem ipsam fueris assequutus et intuitus eris et per plures horas fixus et immobilis et beatus contemplaberis, videbis quam suavis et dulcis est, et experieris quod non habet amaritudinem conversatio ejus".

Obtenida la *definición* de filosofía por sus *causas*, el edificio del saber humano sapiencial se perfila mejor todavía considerando la *multiplicidad* de sus partes en *armonía* o *unidad*, gracias también a las *causas*. En esto, la *síntesis* ramireciana resulta admirable: *armonía* del sentido genético integral, del círculo que forma la relación de causas ligando el *término* al *principio*, de la perfectibilidad de la naturaleza humana, del ejemplarismo del saber divino, etc., etc.<sup>48</sup>

Cuando Ramírez se propone estudiar la naturaleza íntima del ser de la filosofía, vista desde cualquier ángulo esencial, la conclusión es siempre coincidente. *Finalidad*, *perfectibilidad humana*, *objeto* propio y beatificante, *alma racional* encarnada, *escibilidad* y forma rei, *semejanza* entre sabiduría humana y sabiduría divina, son algunos de esos ángulos más interesantes que hablan con claro lenguaje. La misma faz, idénticos rasgos, contemplados con diversa tonalidad de luz. La idea del *círculo*, tantas veces utilizado por los grandes filósofos, desde

<sup>48</sup> Ob. cit., pp. 54, 131, 145, 160, 181, 186 ss.

Aristóteles a Hegel, que conecta principio y término, en distinto orden de causalidad, para explicar la mutua conexión entre las cosas y entre las ideas, es de la predilección de Ramírez. Es que los viajes de su ingenio pretenden hacer el camino “a primo ad ultimum”, como repite, por ejemplo, al determinar las partes de la filosofía por la relación existente entre la *perfectabilidad del alma humana* y los valores que aportan *las ciencias filosóficas* en sus tres planos de escibilidad o de abstracción<sup>49</sup>.

Ante esta brillante exhibición de *armonías* no pocos lectores han de pensar que se trata de una justificación a ultranza de posturas ya aceptadas o decididas, de un *a priori* que se sirve de ciertos *axiomas* conforme a los cuales desarrolla toda la especulación. En más de una ocasión he sentido también yo esa voz insinuante; por ejemplo, al analizar la correspondencia *quasi matemática* o *metafísica* entre las partes de la *filosofía* y las fases de *perfectibilidad* del alma humana. Se acepta de buen grado el bloque de doctrina y sus partes. Pero, ¿es tan rigurosa la argumentación o demostración por la que se hace su defensa? ¿Se hace *demostración* o más bien *se muestra* simplemente la armonía y correlación, en forma aceptable?

Las palabras rotundas de Ramírez, esa visión “a primo ad ultimum”, y su interés por llevarnos a la raíz más honda de las cosas, parecen indicarnos que ha dado con la clave del saber filosófico y con sus ingredientes perfectamente dosificados. Además de no rendirse a los postulados de *autoridad*, bien conocida y estimada por él, nuestro filósofo tiene gran seguridad en la justificación que hace de sus tesis. Así lo declaran —en forma terminante— estas líneas tomadas del juicio que hace de las *divisiones* más divulgadas de la *filosofía*: “Nostrum non est singulas illas divisiones ad adamusin recensere et in crism revocare; hoc enim nimis longum esset nec ad rem juvaret. Unde satius erit celebriores quasdam memorare et schematicè proponere, ut brevitati et claritati consulamus, ita tamen ut principaliora fata evolutionis historicae problematis huius quadantenus adumbretur sicque SOLUTIO METAPHYSICA, QUAM DABIMUS, uberius illustretur et confirmetur...”<sup>50</sup>.

Se habla de una *solución metafísica* al problema de la división de la *filosofía*, que es paralela a la *definición metafísica* de la filosofía por sus causas, y que consiste en fijar los *componentes* o *partes* de la *sabiduría humana* como elementos análogos de un *todo potencial*<sup>51</sup>. Todo ello visto con *objetividad* desde sus raíces o *causas*. Parece como querer indicarnos que cuanto más se ahonda en las *cuestiones*, mejor se descubre el

<sup>49</sup> Ob. cit., p. 150. Véanse pp. 127-131, 132-134, 145-155...

<sup>50</sup> Ob. cit., p. 111.

<sup>51</sup> Ob. cit., p. 212.

*núcleo* elemental en el que todo finalmente se resuelve, y que acaba pareciendo hasta *sencillo*, por su armonía o conexión. Lo sublime se aproxima mucho, en retorno, a la verdad de infancia.

Dejemos que hable nuevamente en su latín bizarro, para hacer la defensa de la resolución de los problemas a sus últimas cuatro causas:

“Tempus est jam ut objective et simpliciter id quod, in tanta opinionum diversitate verum est, determinemus. Cum autem eadem sit quaestio de divisione Philosophiae et de partibus eius —nam omnis divisio in partes fit— cumque *partes dupliciter* considerari possint, scilicet *absolute* vel *secundum se* et *relative* seu *comparative ad invicem*, secundum ordinem prioritatis et posterioritatis, talis erit congruus ordo procedendi hac in re...”<sup>52</sup>.

“Ad inveniendam divisionem Philosophiae necessarium non est *alia jacere fundamenta* praeter ea quae in prima parte sunt posita; sed SATIS ERIT IPSA PROFUNDIUS ET INTIMIUS CONSIDERARE, ut inde sponte fluat solutio quaestionis praesentis; NAM DIVISIO SEMPER RESPONDERE DEBET DIVISIBILI, NEC ALIBI QUAERENDA NISI IN NATURA IPSA REI DIVIDENDAE. AT QUI NATURA PHILOSOPHIAE COMPLETE DESUMITUR EX QUATUOR CAUSIS...; ERGO ET DIVISIO EIUS COMPLETA sumi debet ex consideratione quatuor causarum Philosophiae, eo vel magis quod omnia, quaecumque de aliqua re cognosci possunt et demonstrari, IN CAUSAS EIUS RESOLVI NECESSE SIT”<sup>53</sup>.

Y con mayor fuerza, si cabe, reitera su postura y convicción al dar la sentencia valorativa de las divisiones ajenas en relación con la propia:

“Apparet valor et veritas divisionis nostrae, QUIA SIMUL RESPONDET et REBUS et NOBIS: et propterea, si sumatur *in sensu composito*, *pro Sapientia Humana*, prout revera sumi debet, est OMNINO NECESSARIA...”<sup>54</sup>.

“Unde, si divisio nostra venit finaliter resolvenda in rationem “Sapientiae-Humanae”, ita possumus dicere quod *aliae classificationes* radicem habent ultimam in “Humana-Insipientia”, quae quandoque pec-

<sup>52</sup> Ob. cit., p. 121.

<sup>53</sup> Ob. cit., p. 125.

<sup>54</sup> Ob. cit., p. 193.

cat *per excessum* et quandoque *per defectum*: est enim *insipiens* non tantummodo illa qui non scit quod potest et debet, verum etiam illa qui putat se scire quod nescit vel sapere intendit quod non potest capere”<sup>55</sup>.

Idéntica sentencia podríamos tomar, salvo la alusión —que no parece precisamente *metafísica*— a la *insipientia humana*, de la defensa entablada a favor de la *naturaleza potencial o analógica* de las partes de la filosofía.

#### 4. CONCLUSION

Entendida la filosofía como *sabiduría humana*, como *perfección del alma*, como *conocimiento eminente* de todas las cosas naturales cognoscibles, como bienaventuranza *beatificante*, como posesión intencional de *todo el orden y ser del universo y de sus causas*, e informado el espíritu por hábito tan excelso, hemos de decir que el *filósofo* es un hombre privilegiado. Está informado por el saber más alto que humanamente es dado alcanzar.

*Contemplativo* de las cosas, *actor* de muchas decisiones, *regulador* y moderador de su conducta, es una *mente iluminada* por el reflejo de la *luz divina*, es decir, de la *divina sabiduría*. Sabiduría imperfecta, limitada, balbuciente, la filosofía se abre como un camino hacia la plenitud absoluta. Y como el término último de la sabiduría humana ha de ser la Sabiduría Divina, arquetipo creador de todas las cosas, en la medida en que el filósofo se acerca más a ella, más se asemeja a la fuente de la sabiduría, que es Dios Sabio.

Alta misión la del filósofo, que asciende desde lo contingente y sensible hasta lo espiritual y suprasensible, en visión unitaria desde las causas supremas; que se despliega en movimiento de *expansión* hacia las cosas, para recoger sus impresiones, y se interioriza luego, en movimiento de *concentración*, recogándose bajo el foco iluminador de la Verdad Primera.

Bien vale la pena el esfuerzo metódico, la moderación impuesta a las pasiones perturbadoras, la disciplina de la mente, el noble ejercicio especulativo y práctico, si al fin se alcanza la dorada meta de la contemplación del *ser* y de la *verdad*. Ahí es donde se consuman las señales características del verdadero *ingenio filosófico metafísico*: propensión hacia el *núcleo esencial de las cosas*, *capacidad abstractiva* y *facilidad de síntesis*<sup>56</sup>.

<sup>55</sup> Ob. cit., p. 197.

<sup>56</sup> Ob. cit., pp. 452 ss. Es la condición sexta para poseer y desarrollar el *espíritu filosófico* del que ahí habla Ramírez.

Ahí es donde se hace realidad aquella doctrina agustiniana del conocimiento de nosotros mismos —conocimiento *dulce*, que *prepara* para la vida eterna— y del conocimiento de Dios —conocimiento más *rico* y *beatificante*, en la unidad armónica de todo el saber.

Nada extraño, pues, que Ramírez, al mismo tiempo que persuade al filósofo de que sea equilibrado, sereno, profundo, exigente, magnánimo, humilde, agradecido, agudo... y conforme con la *certeza* y *rigor* que cada parte analógica de la filosofía puede ofrecernos, nos dé también esta meditación profunda, sintética, final:

“Nunc autem siste et meditare:

Ad finem naturalem debent esse vires naturales sufficientes, nam ordo agentium debet respondere ordini finium. Ergo necesse est quod homo naturaliter habeat in se vires naturales sufficientes ad transeundum per omnes illas vias et ad perveniendum ad earum terminum, qui est cognitio naturalis Dei, in qua sita est naturalis eius beatitudo...

At ulterius considera: Divina Sapientia seu Veritas multipliciter imitata et expressa manet in formis rerum existentium, quae sunt veritates expressae et derivatae ab ipsa Veritate Prima ab Eaque exemplatae secundum diversas similitudines et proportionalitates. Iam igitur mens humana, dum in cognitione a formis rerum informatur et earum similitudines in se recipit, ipso facto et quasi exercite recipit similitudinem Veritatis Primae seu Divinae Sapientiae...

Et nunc disce elevare ingenium tuum. Formae rerum ut res sunt, sunt formae exemplatae et assimilatae Divinae Sapientiae; sed, si considerentur relative ad nostram rationem, erunt formae rerum ut scibiles sunt et quasi nostram rationem exemplantes eique Divinam similitudinem quasi deferentes. Nisi ergo divinam similitudinem in se haberent, illam deferre et imprimere non possent in mente nostra; et nisi mens humana esset accommodata et proportionata formae scibili, talem similitudinem formaliter recipere non valeret, quia non reciperet formam per modum formae, quae ad similitudinem proprie dictam requiritur. Inde ergo habes quomodo forma rei ut res est et aptitudo mentis receptivae et informabilis formaliter, fundant formam rei ut scibilis est, quae immediate et per se primo informat humanam mentem eamque perficit et beatificat.

Et sic OMNIA CLARESCUNT et *philosophia Philo-*

*sophiae penetratur et BEATITUDO QUAEDAM DULCISSIMA PRAEGUSTATUR*"<sup>87</sup>.

<sup>87</sup> Ob. cit., pp. 186-188.

*Post scriptum.* Después de una prolongada lectura del tratado *De ipsa Philosophia*, de Santiago Ramírez, redacté en el mes de mayo de 1971 la presente glosa sobre el tema *Filosofía de la filosofía, según la mente de S. Ramírez*.

Retrasada su publicación durante algunos meses, ha venido a mis manos un volumen nuevo, que encaja perfectamente en la serie o colección destinada por el C. S. I. C. a las Obras Completas de Ramírez, pero que no puede reclamar paternidad ramireziana. Se trata de un libro que pudiera servir, provisionalmente, de *Introducción General* a la lectura de las obras del Inmortal filósofo y teólogo español.

Lleva por título *Santiago Ramírez, O. P. Su vida y su obra*, por VICENTE MARRERO. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1971.

Tenia noticia de su existencia, pero no esperaba tan rápida edición. He repasado sus páginas con auténtico deleite. Está en ellas reflejado ese hombre de pensamiento firme y católico (p. 5), de prestancia intelectual indiscutible (p. 11), de agudeza esencial y metafísica (p. 12), de análisis y síntesis sapienciales (p. 49), de gran poder asimilador (p. 50); ese fraile magnánimo, abstraído y jovial (pp. 49, 52), sumergido en los valores imperecederos (p. 64), tomista consciente (pp. 131, 193), filósofo y teólogo en una pieza, sabedor del orden y de la distinción que entre las partes ha de mediar (pp. 200 ss.), enamorado del orden (p. 207), silencioso por vocación, etc., etc.

La obra se compone de tres partes: primera, *Vida: carácter, obra y meta*; segunda, *Ambiente: de la consistencia a la firmeza del principio*; tercera, *En torno al pensamiento del P. Ramírez*.

El estilo de V. Marrero tiene gracia y fuerza. El proceso de la vida y del pensamiento es correcto, y su exposición, documentada. Abundan referencias tomadas de viva voz o escritas por quienes todavía conviven entre nosotros. A veces, la pluma del "amigo", que trata siempre con amor y preferencia las posiciones tomadas por su biografiado, se detiene en lo que Ramírez llamaba "excursus", para recordar o actualizar ideas y situaciones que dan más vitalidad al momento en que Ramírez habla o escribe.

Quizá sea un poco pronto para que la figura de Ramírez y sus ideas esenciales alcancen el prestigio que, sin duda, han de alcanzar entre los sabios. Este anticipo de interpretación, hecho por el infatigable y culto V. Marrero, a quien Ramírez apreció sinceramente, es como un anuncio: nos encontramos ante uno de los hombres más grandes de la España del siglo XX y ante uno de los más profundos pensadores de la Escuela Tomista.

Celebro que, en la parte lindante con las sugerencias sobre la *Filosofía de la filosofía, según la mente de S. Ramírez*, hayan coincidido mis puntos de vista con los de V. Marrero.

FR. CANDIDO ANIZ, O. P.  
Instituto Superior de Filosofía, O. P.  
Valladolid.